

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 91.—BARCELONA 5 DE FEBRERO DE 1916



Tropas alemanas en el bosque del Argona, disponiéndose a realizar un ataque

CRONICA INTERNACIONAL

I. Chispazos del servicio obligatorio en Inglaterra.—II. Italia y sus aliados.—III. El bloqueo marítimo

I.—Chispazos del servicio obligatorio en Inglaterra

Han resultado interesantísimas las discusiones habidas en el Parlamento inglés sobre el servicio obligatorio. Se ha puesto en ellas de manifiesto que nadie sentía el proyecto, que casi nadie fiaba en su eficacia y que muy pocos creían en las consecuencias que tendría sobre la guerra. Francia, Italia y Rusia han seguido con atención los debates, y no han disimulado su desencanto, reducido hoy a las clases llamadas directoras, pero que no tardará en propagarse a las masas. Esa ley, como digimos en otra ocasión, es un *bluff* más, no un *medio* para acabar la guerra victoriosamente, sino un *argumento* para acallar la impaciencia de los aliados. Inglaterra ni cambia de posición, ni renuncia a sus métodos, pero, apoyándose en la ley del servicio obligatorio, puede continuar desempeñando su papel propulsor de franceses, italianos, belgas y rusos.

Muchos oradores pidieron que los preceptos de la ley se extendieran a Irlanda; la desgraciada Erin fué víctima de ataques violentos. Resulta, que por cada irlandés alistado voluntariamente, se han alistado dieciseis ingleses, y que la población católica de Irlanda ha dado un contingente de voluntarios—proporcionalmente a los números totales—poco más de

la mitad de la protestante. El Gobierno ha repetido en diversos tonos y con diferentes palabras, su conocida respuesta: se quiere que la ley sirva para unir y no para desunir, que pueda implantarse sin dificultades ni trastornos interiores, y esto aconseja la exclusión de Irlanda. Recientemente atacado desde diversos lados de la Cámara, el caudillo de los nacionalistas, mister Redmond, ni corto ni perezoso, puso las cosas en su lugar. Cuando votásteis la ley de las milicias territoriales para la defensa del país, excluísteis a Irlanda, a pesar de nuestras peticiones y protestas, y ahora ¿la queréis incluir en la ley común? Entonces no éramos patriotas, según vosotros, ¿queréis que lo seamos ahora? Se votó la ley del censo, y sus preceptos tampoco los quisísteis extender a Irlanda... La réplica, contundente, quedó sin contestación.

Se reveló también otro detalle digno de ser conocido. Un diputado escocés presentó una enmienda para que Escocia fuese excluida también; no se le hizo caso, pero en el curso del debate se dijo que Escocia había contribuido con 400.000 soldados. Como la cifra no fué rectificada, y los irlandeses en las filas, contando los que estaban en el ejército antes de la guerra y los que sirven en la marina, son 160.000, hay que deducir que casi todo el esfuerzo lo han hecho Inglaterra propiamente dicha y el país de

Gales, o sea las comarcas que reciben el nombre colectivo de Britania. Esto explica que insistentemente sonaran en las Cámaras las voces Britania, Escocia e Irlanda, y no la que resumía el conjunto de toda la nación, una e indivisible. Y no hay que saber más, al mismo tiempo, para comprender la agitación y el disgusto de gran parte de los elementos obreros.

La famosa ley, de nulas, o ínfimas consecuencias prácticas, ha servido, pues, para poner al descubierto la fragilidad política interior de la Gran Bretaña, que se sostiene hoy y se sostendrá mientras subsista la dominación sobre medio mundo; pero el día en que el oro de las colonias deje de llegar a torrentes a la metrópoli ¿se conformarán Escocia e Irlanda con seguir dominadas por Inglaterra y Gales? Más probable es que a la descomposición exterior, de la cual la presente guerra es el preliminar y el primer paso, responda la desunión en el reino. Será el fin de todas las oligarquías, la repetición moderna de Cartago, de Fenicia, de Grecia. Más vale ser poco, sin depender de la ayuda ajena, que tener un enorme abdomen y los pies de barro. Lo peor para la Gran Bretaña es que, cuando suene la hora de su decadencia, nadie la ayudará; todos acudirán a hacer leña de aquel árbol frondoso, cuya sombra es más letal que la del manzanillo de la leyenda.

II.—Italia y sus aliados

Poco edificante es la disputa entablada entre Italia y sus aliados. Las ilusiones que Inglaterra y Francia cifraron en la intervención de aquella, quedaron defraudadas antes de expirar el verano. Los que de lejos contemplamos los acontecimientos, comprendimos enseguida que Italia quería aprovecharse de la presión que sobre ella se ejercía y a la que difícilmente podía resistir, para laborar exclusivamente en provecho propio. A río revuelto... Ni en el Trentino, ni en el Tirol, ni en el Isonzo fué afortunada, y hoy tiene que oír, con mal disimulado enojo, cómo los franceses le echan en cara que un millón y medio de italianos no puedan arrojar de las posiciones que ocupan a 250.000 austriacos. Los reproches que se le dirigen porque no ha apoyado a los montenegrinos ni invadido la Albania, estarían muy en su lugar en labios que no fuesen los de quienes abandonaron a Bélgica, desampararon a Serbia y vejaron y lastimaron a Grecia. La ofuscación que padecen los anglo-franceses no les permite ver la viga en el ojo propio y andan buscando defectos en la casa ajena cuando tanto tienen que arreglar en la suya. Su cólera reconoce como origen la negativa de los italianos a enviar 200 o 300 mil soldados a Salónica, pero debieran comprender que allí no esperan nada los latinos y que aquella aventura la emprendieron los otros sin contar con sus amigos, de la misma manera que los italianos fueron a Albania por su propia cuenta. Ninguno de ellos tiene nada que echar en cara a los demás. Son manifestaciones de la propia impotencia, que antes de reconocerla inculpa a los demás, y trata de descargar el malhumor que le producen los negocios de su país examinando el torcido rumbo que han tomado los de sus amigos, tan adversarios en el fondo como los alemanes y austro-húngaros. ¡Monstruosa coalición la presente, formada por enemigos

seculares, que no tardarán muchos años en encontrarse de nuevo frente a frente en los campos de batalla! ¿Resistirá mucho tiempo ese conglomerado artificioso?

De las polémicas entre los italianos y sus aliados no hay que esperar inmediatas consecuencias para el bando contrario. Los políticos de París y Londres, que tan satisfechos están de sus importantísimas funciones directivas de la guerra, estudiarán alguna nueva fórmula que zurza en la apariencia las voluntades, y se irá tirando una temporada más. El efecto mayor, casi único, es el ejercido sobre el pueblo italiano, que al descontento engendrado por el fracaso de la acción militar, que no ha sido precisamente un paseo triunfal, suma ahora el de comprender que franceses e ingleses le desprecian, y que se va quedando solo en el mundo, sin las simpatías de sus antiguos aliados, a quienes tanto debía, ni las de los flamantes camaradas. Las compañías que se forman e improvisan para la simple destrucción, suelen terminar a cintarazos, que es su final obligado, aunque no lo crean los diplomáticos eminentes.

A ese final se puede llegar por dos caminos: porque se afirme la victoria de los imperiales sobre uno de los aliados en particular; o porque se complique y tome mal cariz la cuestión de los Balkanes, avispero que en mal hora revolvieron los ingleses con su desdichada expedición a los Dardanelos. Albania ha pasado al primer lugar, en el campo político internacional; si los austriacos tratan de resolver por las armas ese problema secular, veremos cosas muy interesantes, inesperadas para muchos. Por de pronto, aunque no ha salido a las columnas de la prensa de París y Londres, se ha visto claro en ambas capitales el juego que Italia llevaba con Montenegro, e indirectamente con Austria, con la mira de no ser arrojada de Albania, aunque ello costase caro a los ocupantes de Salónica. Pero en estos tiempos de sinceridad y contrición, impuestas por la espada, encajan poco las habilidades maquiavélicas a que tan aficionados son los italianos y que tan excelentes resultados les dieron desde 1859. Nada tendría de sorprendente que esas maquinaciones florecieran pronto en grande escala, ya que la lógica parece que ha huido del antiguo mundo hace año y medio.

La impresión que en un espíritu desapasionado causan las querellas periodísticas entre Italia y sus aliados, no es, en verdad, desfavorable a la primera. A diferencia de Rusia y, más aún de Francia, Italia conserva en lo posible su independencia de voluntad, no se allana a ser regida en absoluto desde Londres y antepone sus intereses nacionales a los que hay quien dice que son generales y más elevados, aunque su utilidad sólo redunde en ventaja para una de las partes. Si los ingleses no han perdido la noción exacta de la realidad obrarían bien tratando con más caridad a Italia y aconsejando a los franceses que repriman su disgusto, porque si en este pleito entre los aliados a ninguno asiste la razón, Italia es al fin y al cabo la menos culpable. No le carguemos en cuenta una nueva falta, a una nación que ya tiene en su haber, y pesará eternamente sobre ella, lo que hizo con Austria y en las circunstancias que lo llevó a cabo. Si Francia y la Gran Bretaña creyeron que Italia iba a ser un sumiso y dócil criado, se equivocaron, porque el caso de Bélgica

no es de los que acontecen a menudo, ni mucho menos.

III.—El bloqueo marítimo

Inglaterra, que ha tenido que reconocer la ineficacia del bloqueo contra el Centro de Europa, se prepara a estrecharlo y reforzarlo. Con anticipación, la prensa ofensiva ha emprendido una campaña, que sería risible si no despertara la indignación. Resulta que ese bloqueo ha sido pedido por las naciones neutrales, que de este modo mejorarán su situación económica y comercial.... Así, con ese desenfado, se responde a las gestiones de los Estados Unidos en opuesto sentido. Los comentarios son inútiles; estamos ya muy acostumbrados a los nuevos procedimientos con que se defienden el derecho, la libertad y los pueblos débiles, para que nos sorprendamos ahora. Otro aspecto de la cuestión es el que interesa y sobre el cual no ha hecho hincapié la prensa.

De tres o cuatro meses a esta parte, el tono del lenguaje inglés ha cambiado; agrio y duro, como siempre, para el enemigo, ya no se insiste un día y otro en el triunfo seguro e inevitable, ni se toma a broma todo lo alemán, antes al contrario, se le presenta como modelo digno de imitación. ¿Qué diferencia entre estos conceptos y los que dominaron hasta mayo del pasado año! No parece la misma prensa. Si los pueblos tuviesen memoria y recordasen hoy lo que se escribió seis meses atrás ¡cuán cerca estaríamos de la paz! Vamos hacia ella, Inglaterra delante de todos, aunque aparente lo contrario ante sus aliados, y está tomando posiciones y abriendo el camino para el día que tanto anhela el mundo entero. Siendo esto innegable, ¿cómo los ingleses van a adoptar medidas que lastimen todavía más al adversario?

Si el bloqueo no produjo los apetecidos frutos cuando el aislamiento de los Imperios centrales era un hecho, salvo con los países escandinavos ¿es razonable creer en él estando abierta la comunicación con los Balcanes y el occidente de Asia? Los ingleses no son tan cándidos que se forjen ilusiones a este respecto. Y, no obstante, van a estrechar el bloqueo, a sabiendas de la inutilidad de la medida.

El caso del Baralong, que ha conmovido a toda Alemania y que ha sido objeto de apasionados debates en el Reichstag, ha dado ocasión a mister Grey y a los periódicos ingleses para replicar recordando otros actos, más o menos parecidos, de los alemanes, entablándose una polémica directa, de nación a nación, por medio de la prensa, que hasta aquí había rehuído la inglesa, demasiado envanecida y convencida de lo fuerte de la situación de su país para condescender a discutir con la enemiga. Es un síntoma cuya importancia no es menester encarecer. Cada cual procura justificarse ante su rival, cosa que ni siquiera llegó a ocurrir cuando tanto se habló y se discutió sobre la violación de la neutralidad de Bélgica, sobrepujada y dejada atrás por la de Grecia. Bueno es que tenga lugar esa aproximación, aunque el motivo sea triste para todos y la finalidad de la disputa se limite a la inculpación; cuando dos callan, guardan silencio y están separados, no hay medio de que se entiendan; pero cuando dos luchadores se golpean mutuamente y desatan luego sus lenguas,

hay esperanza de que por fin pongan término a su querrela. A pesar de todo, Inglaterra más brava que nunca, decreta el servicio obligatorio y refuerza el bloqueo.

¿A qué debe darse crédito? ¿A lo que se proclama ahuecando la voz, o a lo que se hace mansanamente, con un fin preconcebido? Opine el lector como quiera, pero de todos modos no compaginan los indicios pacíficos con los anuncios belicosos; es decir, no armonizan si se examinan superficialmente; si se ahonda un poco, se deducirá que unos y otros obedecen al mismo pensamiento.

Estrechando el bloqueo, Inglaterra recuerda a Alemania que mientras domine en el mar el comercio alemán no podrá prosperar y que sin la amistad de la Gran Bretaña le será muy difícil al Imperio reponerse rápidamente de sus heridas en la guerra. Poseen los ingleses una arma, todavía poco mellada, y la blanden de modo que los rayos solares la hagan visible a distancia y den a comprender que es un instrumento de tanta o más virtualidad en la paz que en la guerra. Haciendo resaltar su poderío marítimo Inglaterra le dice a su adversario: «podrás vencer en tierra, llegarás a la India; pero, sin contar conmigo, no recobrarás tu antiguo esplendor comercial; de consiguiente, detente a tiempo y sé moderada en tus pretensiones, porque únicamente así podremos entendernos». Véase, pues, cómo una medida que se diría inspirada en el deseo de enconar y alargar más la guerra, apunta directamente a abreviarla. No la hubiese adoptado el Gabinete de Londres si aún tuviera esperanzas en los ejércitos rusos y franceses; la ha perdido ya.

Median en el pleito otras naciones que no son Inglaterra ni Alemania, de modo que es un poco aventurado predecir cuál será el fruto de esta nueva habilidad británica, y, sobre todo, lo que ocurra en los campos de batalla puede dar al traste con esas y todas las astucias. La primavera ha de traernos la clave suspirada. La alianza no soportará otros tres meses de reveses y descabros; por extraordinaria que sea la paciencia de los pueblos que sufren y callan, no es inagotable; una sola defección arruinaría el tinglado. Si la fortuna volviera las espaldas a los imperiales, ¿sería Inglaterra, entonces, la que abrazara el partido de la paz?

F. LARIN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA (1)

(De nuestro corresponsal)

XI

Stary-Sambor-Sambor.—La corneta.—El «Gulasch».—La amenaza del sargento

De Stary-Sambor, una pequeña población de la orilla del Dniester, vemos, al pasar, los escombros. Colocada en medio de una ladera verde limitada por selvas y montes en el fondo, las últimas alturas de los

(1) Las sacas de correspondencia en que venían las cartas VI a X de nuestro corresponsal señor Guerrero, fueron arrojadas al mar por los ingleses. Hemos interesado se nos remitan de nuevo, pero como en realidad cada una de estas correspondencias puede considerarse independiente de las demás, comenzamos a publicar las recibidas últimamente. (Nota de la D.).

Cárpatos, es Stary-Sambor famosa en la región por su paisaje delicioso. De las planicies arenosas y pantanosas que se extienden al Norte, acostumbran los habitantes, arrojados por el sol del verano, a buscar un refugio en las frescas sombras de los bosques de Stary-Sambor. Así florecía, si no en riquezas opulentas, al menos en buen nombre de otorgadora de alegrías, hasta que vino la guerra. Ahora sólo queda la

quemados por el sol reververante del verano, solían buscar refugio en las frescas sombras de las oscuras selvas de Stary-Sambor...

La vía sigue en pendiente cada vez menos pronunciada. La velocidad del tren es cada vez mayor, pues que la vía férrea era más fácil de arreglar aquí que en lo alto de los Cárpatos y ahora está casi perfecta. Sin embargo, la rapidez no es tanta que nece-

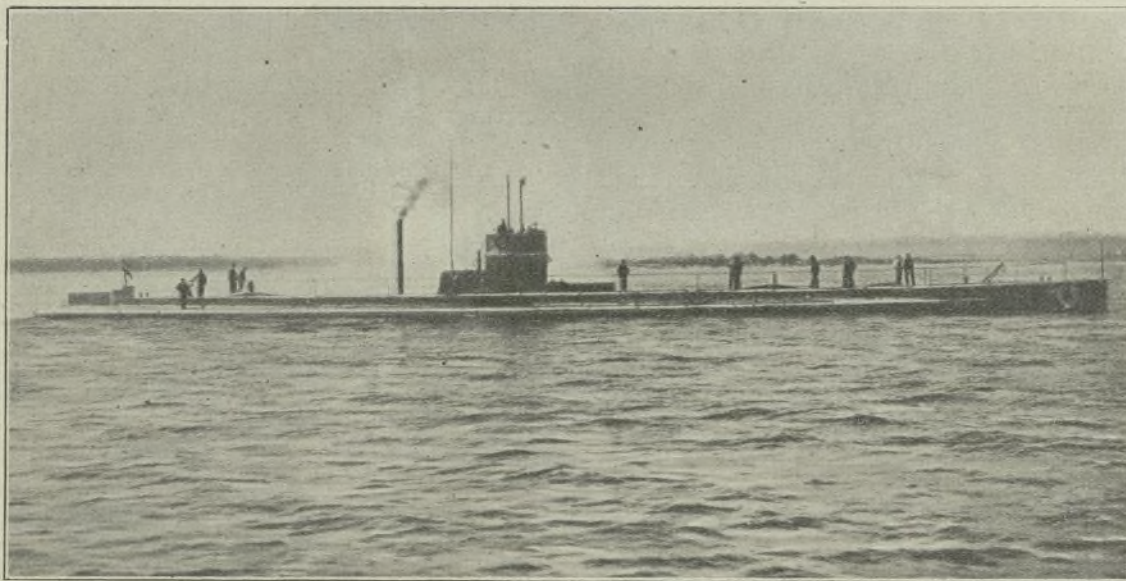


Zapadores alemanes destruyendo unas alambradas rusas, antes del ataque

fachada triangular de una iglesia [puntiaguda y aisladas medias casas, habitables provisionalmente, valiéndose de puntales y ayudas de toda naturaleza para sostenerlas. Es raro que un pueblo sea destruido por el efecto de los cañones y morteros hasta este grado, tan totalmente.

«Algo han de haber hecho de malo los stari-sam-

sistemas menos de tres horas para alcanzar Sambor (20 kms.). Son las seis y media de la tarde y la claridad es tan grande como a mediodía. Los rayos inclinados del sol queman todavía e iluminan, haciendo largas sombras, un espectáculo triste y bello a la vez. ¡Sambor! Sí, aquí fué Sambor. Se sabe, porque aún están allí de pie sus ruinas.



Un submarino alemán en los Dardanelos

borianos»—díceme un ordenanza—«para que Dios los haya castigado tan duramente».

¿Quién lo sabe? En todo caso, es de sentirse por los habitantes de las arenosas planicies al Norte, que,

La población está algo retirada del ferrocarril. Desde aquí podemos ver en toda su extensión el conjunto de escombros. Paredes desnudas, ennegrecidas por el humo, sin techos, se destacan aquí y allá

entre los montones de piedras caídas. El fuego, que encendieron los rusos al retirarse, logró con facilidad extenderse por toda la población de casas bajas. Nada más un trozo informe ha quedado de la alta torre que coronaba el palacio municipal. Pero donde



General Koennen Horak, von Höhenkampf, comandante de un Cuerpo de ejército austriaco en el frente italiano

el fuego parece haber obrado con más furor es en la estación. De ésta no quedan sino restos de piedra calcinada, desprendidos entre sí, como si hubiera querido cada piedra separarse de la adyacente para evitar el calor abrasador de ésta y sólo hubieran sido detenidos en su repulsión mútua por la acción de la inercia.

Mucho he oído hablar de las habilidades rusas. Hay quien los ensalza por su valentía, otros encomian su astucia y sangre fría, los más la robustez de sus miembros y su resistencia ante la intemperie y las privaciones. Yo no les niego, por mi parte, muchas cualidades dignas; pero no es este el lugar de narrarlas. Una habilidad sí les quiero otorgar desde luego: ¡los rusos saben prender fuego a una ciudad!

El noble sonido bronceado de una corneta se extiende en ondas en el espacio, saltando sobre el césped de las colinas y estremeciendo la superficie de las aguas serenas del Dniester, para perderse luego a lo lejos tristemente. Aún no se apaga el primero, cuando toques semejantes se desprenden de otras cornetas. Son toques militares, vivificantes, viriles. A rancho han tocado. Y son los cornetines de los diversos batallones de un regimiento.

Luego repiten los cornetas de las compañías el mismo toque con un aditamento al final, como repite el eco en una caverna la voz humana, añadiendo al final todavía sonidos comprimidos, eco del eco mismo.

Esto bastó para hacernos olvidar la dolorosa impresión del cuadro de desolación y ruinas en donde un momento antes posábamos nuestras miradas. Puesto que aquí haremos alto prolongado y atraídos por el sonar de las cornetas, nos arrojamus del tren

para ir a unirnos al regimiento en reposo. Cuánto más fuerte es la impresión que causa en nuestros ánimos la vida que la que causa la muerte! El sonido guerrero del clarín es sonido de vida, despierta movimiento, anima a la acción. ¡Cuántos actos de valor heroico habrá ocasionado la trompeta en los campos de batalla! Su valor en este sentido es muy grande y muy serio. El uso de las cornetas militares no es sólo un lujo, ni tan sólo un medio de comunicar órdenes: es también un medio de estimulación al combate. Es de lamentarse que en los combates de posiciones, donde los adversarios están a menudo muy cerca entre sí, que en la guerra moderna donde los combatientes necesiten esconderse a las armas poderosas del adversario, haya sido preciso limitar considerablemente el empleo del clarín de guerra por no descubrir al enemigo su posición o sus intentos propios.

Mas han tocado a rancho y hay que atender a las órdenes de los clarines. Ciertamente, no era para nosotros la llamada; pero, como dice el proverbio, «más vale llegar a tiempo que ser invitados», nos damos por aludidos. Con una escudilla en la mano, desfilan los soldados de uno en fondo, por compañías. Después de observar un rato el espectáculo, en que reina el orden más perfecto, llega nuestro turno. Se nos invita a comer de la comida misma de la tropa. Sobre una larga mesa, al aire libre, reposan sendos platos de «gulasch» rojo y humeante. Con el mejor humor, tomamos asiento, en la serena tarde de verano. Con el orgullo de los diletantes que se aprestan a catar el nuevo vino de un amigo con plantaciones, empezamos a saborear el contenido de los platos. Decir que nos lo comimos, es inútil; pero que deseábamos repetir, es prueba de la bondad, vaya, esquisitez del guisado. «Gulasch» tan sabroso



General alemán Groener, jefe del servicio de ferrocarriles de campaña

como el de Sambor no he podido encontrar en Berlín, ni en Viena, en los restaurants de más nombre.

Terminada la tarea, nos vamos acercando a los soldados esparcidos en el campo y nos entretenemos en animada conversación con ellos. Su regimiento viene del frente ruso y va camino de Italia. Los soldados están de plácemes por poder ir a combatir contra los italianos en las alturas soberbias de los Alpes. Un viejo sargento de rasgos impasibles y piel tostada al sol, levanta el puño cerrado para dejarlo caer con energía, diciendo: «wir werden schon diese Verräter niederschlagen». A pesar de ser muy comunicativos los soldados, no se puede sacar mucho de ellos, pues lo más interesante cae por lo común bajo el férreo dominio del «Verboten» prohibido. Es de llamar la atención la perspicacia con que los más sencillos de entre ellos descubren bajo preguntas cuidadosas el terreno prohibido. «La educación de los combates es inmensa», me dijo un día un conocido capitán de coraceros. A cada paso, a cada palabra cambiada con los que han combatido en esta guerra, en Oriente o en Occidente, me convenzo más de esta gran verdad pedagógica, que en un principio se me antojó un tanto pedantemente exagerada. De esta guerra prolongada en que pelean todos los miembros fuertes de las naciones, saldrán pueblos nuevos!

J. C. GUERRERO

Estío de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Los tres apotegmas

(El señor B).—¡Gracias a Dios! ¡Por fin me he tranquilizado! ¡Ya puedo respirar!

—¿Tan larga ha sido la persecución?

(El señor B).—¡Qué persecución, ni qué Hindenburg! Oiga V. bien, don Subrio, y no lo olvide nunca: Primer apotegma: los Imperios centrales están encerrados dentro de una muralla de sangre y fuego, y fatalmente han de perecer.

—Diga V., señor del énfasis, ese fuego ¿no será fátuo? Sangre, sí que la hay, y de todos los colores; y la muralla ¡algo endebllilla es!

(El señor B).—¡Sí! Los cañones rusos, ingleses, franceses, italianos,....

—Justamente; y serbios y montenegrinos y belgas...

(El señor B).—...estrechan y acorralan a los Imperios centrales....

—...Que han corrido 300 kilómetros sus fronteras del O. del lado del mar, 500 kilómetros las del E., en busca del Gran Duque, y millares de kilómetros las del S. E., oliendo los tesoros perfumados de la India. Más estrechados no pueden estar.

(El señor A).—Hagan lo que hagan y aunque derramen la última gota de su sangre, tendrán a un lado, Francia, al otro, Rusia, Italia al S....

—¡Y allá a su frente a Stambul!, como dijo el poeta, que es donde duele, llámele V. Dardanelos o llámele Gallípoli, o llámele H; para el caso es lo mismo.

(El señor A).—Semejante éxito no puede ser desvirtuado por la acción de los ejércitos imperiales, ni por el aparato guerrero de los kaiserianos.

—¿Cuál éxito? No me he enterado.

(El señor A).—¿No se lo he dicho a V.? Rusia, Francia y sus aliados atenazan por todas partes a Alemania, que pronto habrá de rendirse a discreción.

—Pero, señor A de mis pecados, ese éxito es un éxito geográfico. ¿Depende de Joffre ni de Cadorna, ni de los herederos del Gran Duque, ni siquiera del secreto de Kitchener, el que el centro de Europa sea el centro de Europa? Si V. me dijera que los franceses ven, mentalmente, por supuesto, las espaldas de los alemanes que pelean en Rusia, y los rusos las espaldas de los alemanes que luchan en Francia, también con los ojos de la imaginación, y que los italianos están atónitos contemplando las cumbres del Tirol y las profundidades del Isonzo, y que para reponer su quebrantada salud los serbios se han trasladado a deliciosas islas de clima templado, le daría a V. la razón.

(El señor B).—Se ha dejado V. en el tintero a los ingleses....

—Lo he hecho a propósito, para que acaben de volverse negros con eso que han dado en llamar servicio obligatorio y que sólo obliga al que quiere.

(El señor B).—Y a los montenegrinos....

—¡Cualquiera se mete con los montenegrinos, que en estos tiempos de obscurantismo son los únicos que osan derrotar a los austriacos y alemanes, y al moro Muza si se les pusiera delante!

(El señor B).—Y a los belgas.

—¡Los belgas! ¿Acaso ignoran ustedes que andan preocupados con un negocio de suma gravedad?

(El señor A).—¿La crisis ministerial?

—¡No, señor! Los honores otorgados al mariscal French.

(El señor B).—Si lo echa V. todo a guasa, será imposible que continuemos.

—¡Qué guasa, hombre de Dios! Veánlo ustedes en este periódico. Sabido es que el rey Jorge, al relevar de su mando al general French, le nombró Par del Reino, con el título de Vizconde de Ipres. ¿Hay algo pecaminoso en esta distinción?

(El señor A).—¡Vaya, vaya, don Subrio, no nos tome V. el pelo!

—Tome V. el *Petit Parisien*, señor mío, y convénzase por sus propios ojos.

(El señor B).—¿Qué es ello?

—Sencillamente: «Los aliados—habla el correspondiente en el Havre, atribuyendo lo que sigue a los belgas—que han conseguido la unidad de mando mediante la formación de un Consejo de Guerra común, no han soñado, con harta razón, con constituir un Consejo heráldico inter-aliados. Si hubiera existido el tal Consejo, se le hubiese conferido seguramente otro título al mariscal French. Porque es un hecho que hay Condes de Ipres hace siglos, y actualmente el jefe de la familia es el comandante de Poucques, uno de los más populares agregados al Ministerio de la Guerra belga. ¿Querrá prestarle obediencia el mariscal French?»

(El señor A).—¡Si no lo viera escrito en letras de molde no lo creería!

—Y en francés puro, aunque no sé si tan castizo como el de....

(El señor B).—¡Sí, sí, comprendido! Dejemos este asunto y pasemos al segundo apotegma; reza así: «El mundo se habitúa a vivir sin Alemania, como Ale-

mania se amolda a vivir apartada del mundo». ¿Tiene V. algo que argüir?

—¡Casi nada! Que el apotegma debería comenzar con estas palabras: «El mundo se habitúa a morir sin Alemania».

(El señor A).—¿Va V. a atormentarnos con sus juegos de palabras?

—¿No ha llegado aún a su noticia que los médicos prohíben morir a sus enfermos, porque no se reciben medicamentos de Alemania, drogas que ninguna otra nación ha sabido producir? ¿Es de nuevas para ustedes que la misma Inglaterra ha tenido que hacer excepciones en el bloqueo, para recibir de Alemania lo que nadie más le podía dar...; no hablo en lenguaje figurado; que faltan abonos para las tierras; que el encarecimiento de no pocos géneros proviene de la relativa incomunicación con aquel país del militarismo; a qué seguir? Esto, por una parte, como dicen los grandes oradores; por otra ¡qué más quisieran Rusia y Francia y sus acólitos que habituarse a vivir sin Alemania! ¡Pero se pegan de un modo esos malditos germanos, que no hay forma de sacudírselos de encima! Y tampoco me valgo de un lenguaje figurado. Y, finalmente, expresión que he aprendido de aquellos oradores, pregúntenles ustedes a lo que fueron Bélgica y Serbia y Montenegro, y a Holanda, Dinamarca, Noruega, Suecia, Rumanía, Bulgaria, Grecia, Turquía y a mitad de Asia, si saben o no lo que son mercancías alemanas! En cambio, busquen ustedes aunque sea con gafas, los productos rusos en todos los rincones del mundo, y los italianos en todos los rincónitos, y los franceses en donde no sea nuestra península, en la cual ¡ya lo saben ustedes! soñó un ciego que veía...

(El señor B).—Se mofa V. de los oradores, y lo parece de verdad.

—¿En lo cursi? ¡Gracias! La segunda parte del apotegma, reconozco que es verdad: Alemania se amolda a vivir apartada del mundo, y para apartarse aún más, empuja, empuja que es un dolor. ¿No lo cree V. así, señor A?

(El señor A).—Lo que yo creo es que el tercer apotegma no tiene vuelta de hoja.

—¿Hay un tercero? Eso ¿es un juego de prendas o es la penitencia impuesta a los intelectuales que no creen en Dios y creen en *Le Temps*?

(El señor A).—No hay más que tres apotegmas, pero el tercero es aplastante.

—Por si acaso ¿quiere V. reservárselo para el día de los Santos Inocentes?

(El señor A).—Cedo la palabra al señor B; ¡échese V. a temblar, don Subrio!

—Imaginaré que me encuentro en Salónica. ¡Dispare V. su modesto 75!

(El señor B).—El agotamiento de los austro-alemanes se patentiza con un simple hecho: impotentes para conseguir ningún éxito, para satisfacer las demandas de la opinión pública, impaciente e intranquila, han tenido que buscar fáciles victorias en Oriente, donde la guerra no presenta dificultades.

—Dígame V. de una vez el tercer apotegma y déjese de lirismos.

(El señor B).—¿Dormía V.? ¿No lo ha oído? ¡Sí, sí, finjase el distraído!

—¡Acabáramos! ¿De modo que la guerra en Oriente no ofrece dificultades? Pues ¿dónde se hallan

el Cáucaso, Mesopotamia, Gallípoli, los Dardanelos y Salónica? Y en cuanto a éxitos, ustedes tienen a su favor innumerables, gloriosas y magistrales retiradas y la batalla del Marne, y los alemanes se contentan con colonizar Bélgica, el N. de Francia y lo mejor de Rusia. El desastre es manifiesto.

(El señor A).—Permítame V., señor B. Monsieur Dubost, el Presidente del Senado francés, ha concretado mejor el tercer apotegma. Oígallo V. y se persuadirá de lo mal paradas que han quedado la arrogancia y fanfarronería teutonas. «El año 1915 ha frustrado las orgullosas esperanzas de los enemigos de Francia y ha demostrado que la vanidad es tan peligrosa como las palabras, y que sólo tienen valor las decisiones enérgicas».

—Ha equivocado V. el autor; eso lo habrá dicho el canciller alemán, y no un orador francés; porque los alemanes no hablan, pero pegan, y los aliados no cesan de hablar y de escribir y a cada momento se llevan las manos a la cabeza, sin duda porque les pesa demasiado el yelmo. Pero, dejando este punto, los tres apotegmas ¿les han devuelto la tranquilidad y la confianza?

(Los señores A y B).—¡Por completo! Los alemanes andan ya de medio lado.

—Lo cual quiere decir que andan, mientras otros están sentados en la parra. De todos modos reciban ustedes mi más cordial felicitación. Al cabo de año y medio de guerra han conquistado ustedes tres apotegmas que no es precisamente moco de pavo. ¡Cuán satisfechas deben de estar la democracia, la justicia y la libertad!

(El señor A).—Y el derecho y la civilización.

—Muy señoras mías todas ellas. Puesto que los amigos de ustedes están de fiesta y andan con caras de Pascua—hecha por sus adversarios—adivino, sin que ustedes me lo digan, cuál es el grito que sale de todas las gargantas protectoras de Grecia.

(Los señores A y B).—¿Cuál?

—¡Vivan las caenas! ¡Y que se fastidie el carcelero!

SUBRIO ESCÁPULA

EL CZAR EN CAMPAÑA

El general Dubensky da los siguientes interesantes detalles, en el *Ruskoie Chteni*, sobre el cuartel imperial del Czar en campaña.

En una de las ciudades de la Rusia Blanca, el Czar ocupa una casita de dos pisos; el monarca vive, realmente, en dos habitaciones del segundo piso: el gabinete y el dormitorio. En el mismo piso se alojan el Ministro de la Casa Imperial, Conde Friedrichs, y el Comandante de la Corte, general Voyeikov, en un cuarto cada uno. En el piso inferior, están el capitán de bandera Nilov, el príncipe Dolgoruky, el médico de la Corte, Fedorov, y la cancillería de campaña. El servicio se reduce al Chambelán del Emperador, algunos lacayos y un mecánico automovilista.

No lejos de esta casa, en edificios del Estado y en hoteles, se alojan los demás personajes del séquito, los grandes duques Cirilo Vladimirovitch, el atamán Boris Vladimirovitch, y Dmtri Pavlovitch; el conde Grabbe, jefe de la Guardia personal del Emperador, el ayudante de campo Sablin y otras varias personas.



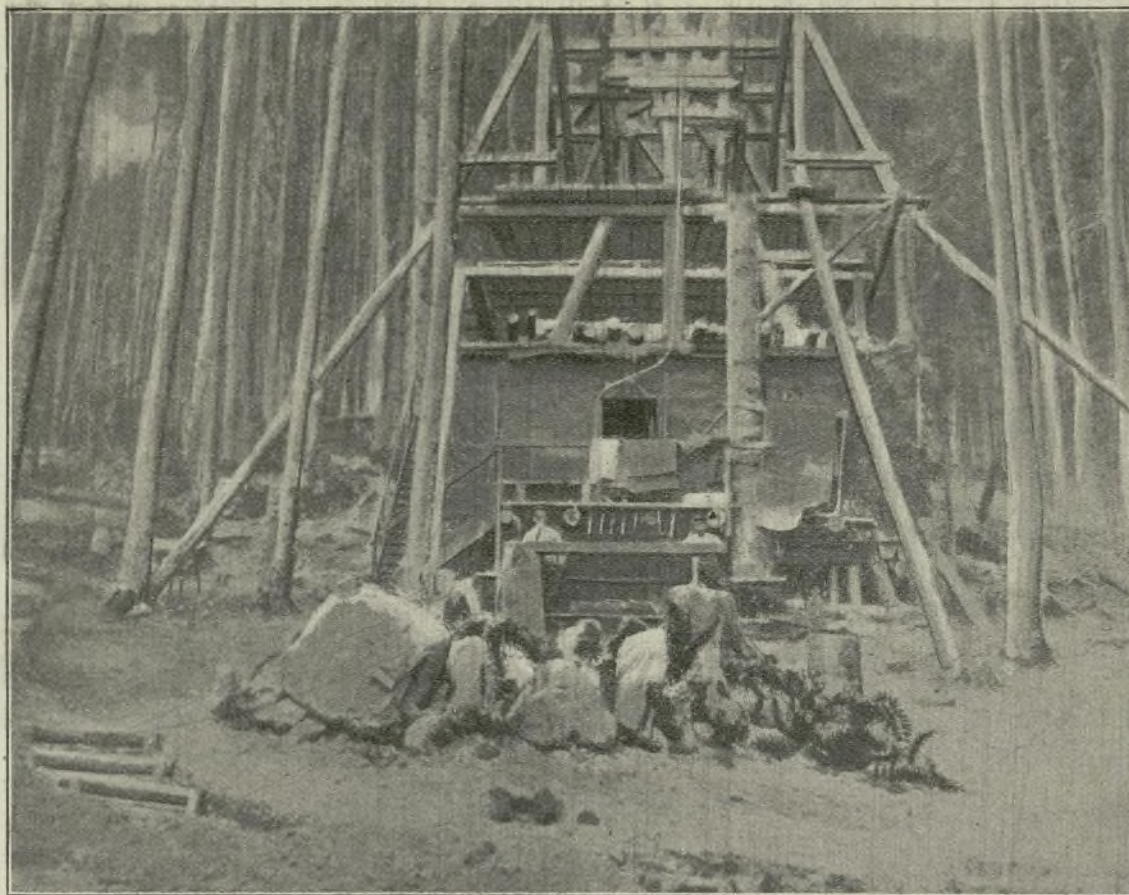
La ciudadela de Brest-Litovsk, entregada a las llamas por los rusos al emprender la retirada



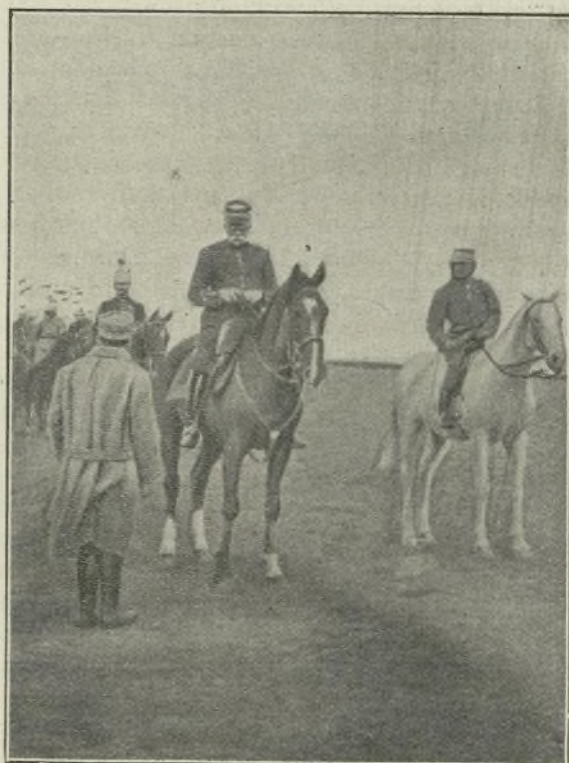
Explosión de una granada alemana de gran calibre, en una trinchera, junto a un grupo de árboles, en Francia



Desembarco de tropas inglesas en Salónica



Estación de un ferrocarril aéreo alemán, vista desde debajo, en el Hartmannsweilerkopf



El general Sarrail en Salónica



El rey de Inglaterra hablando con un general francés

La vida de este pequeño mundo oficial es sosegada, tranquila, sencilla y laboriosa, sin el menor recreo ni diversión; se trabaja desde la mañana a la noche.

Poco después de las nueve de la mañana, el Czar, vestido con un simple *rubaschka*, con cinturón de piel y botas altas, sale de casa y se traslada al Estado Mayor; detrás, van el ayudante de servicio y un ordenanza. El Emperador entra desde luego en el edificio del Estado Mayor, cercano a su residencia, donde examina, con el general Alexeiev, los montones de despachos llegados durante la noche y la madrugada, de todos los puntos del frente, y se entera personalmente de todos los encuentros y combates. El Emperador no se limita a oír las impresiones de su jefe de Estado Mayor, sino que las recibe él directamente de los movimientos de sus ejércitos. Al lado del monarca, en aquel aposento lleno de planos, que cubren las mesas y penden de las paredes, se encuentra el jefe de Estado Mayor, general Mijail Vasilevitch Alexeiev.

A las doce y media, el Emperador da por terminado su trabajo y regresa a su casa, en cuyos salones aguardan ya las personas a quienes ha invitado a almorzar. Además de los personajes que se sientan habitualmente a la mesa del Emperador, se suele

invitar a los agregados militares de las potencias aliadas, los jefes superiores del Estado Mayor del generalísimo y otros varios. Durante el almuerzo, el Emperador conversa con los comensales, y terminada la comida recorre la fila de sus invitados y hace una cortesía a cada uno. El Czar tiene un arte especial en dirigir a cada uno las palabras que le puedan ser más gratas.

Antes de las dos, el soberano se retira nuevamente a su gabinete, donde vuelve a ocuparse en los asuntos oficiales. Una o dos horas al día pasea en su automóvil, y cuando dista unos veinte kilómetros de la ciudad, se apea y anda un rato, en compañía del Czarevitch y los personajes de la Corte. Enseguida, vuelve al trabajo, en su casa.

La comida tiene lugar a las siete y media, y asisten a ella otros invitados, además de los comensales de costumbre. A las nueve, luego de recorrer la fila de sus invitados y departido con varios, se retira a su gabinete, donde prosigue la labor diaria. Si acontece algo imprevisto, el general Alexeiev visita al Emperador y le da cuenta de la novedad.

En aquella ciudad no se ven jamás oficiales ociosos. Todos están atareadísimos y nadie tiene tiempo de acicalarse.

CRÓNICA MILITAR

I. Los dos sistemas en la dirección de la guerra.—II. La potencialidad militar de Austria-Hungría.—III. Demasiado tarde y demasiado pronto.—IV. La ofensiva alemana en Francia.—V. La situación el 30 de enero de 1916

I.—Los dos sistemas en la dirección de la guerra

El fracaso de todos los planes, grandes y chicos, que se han ido proponiendo los aliados y el éxito de los acometidos por los imperiales, fueron atribuidos al principio al tan manoseado tópico del militarismo, luego a la preparación en los unos y falta de preparación en los otros para la guerra, posteriormente a la escasez de municiones... Sucesivamente, se ha tocado, hasta agotarlo, el registro de todas las causas pequeñas, accesorias, sin importancia, y de no pocos engendros de la imaginación, hasta pisar el terreno de la fantasía. Claro es que me estoy refiriendo a Francia, Inglaterra y Rusia. El público se va haciendo más descontentadizo y desconfiado cada día, y hay que cambiar a menudo de razonamientos para mantener viva la esperanza. Las causas verdaderas empiezan a asomar, aunque tímidamente y de un modo confuso, pero el amor propio nacional y el deseo del triunfo se oponen a proclamarlas sin rebozo.

En Francia, hace ya tiempo que se extendió la creencia de que el fracaso provenía de la excesiva edad de los generales; esta teoría—de algún modo hay que llamarla—no pudo ser aceptada en Inglaterra, cuyo generalato es el más joven de todos, y sin duda movió a risa en Alemania; pero como lo más socorrido es descargar la culpa en unas cuantas personas, librándose las demás de la responsabilidad que les incumbe, el punto de vista francés ha reves-

tido una nueva forma al ser trasplantado a Inglaterra. No es precisamente la edad lo dañoso; lo funesto es el principio de la «antigüedad».

«¿Qué es la antigüedad?—dice un escritor—. Es tradicional y obligado en el ejército que el mando más elevado se encomiende al general cuyo nombre aparezca primero en el escalafón, salvo el caso excepcional de un jefe notoriamente incapacitado para ejercerlo. El general A sería el más indicado para ocupar el puesto, pero no se le puede nombrar porque el general B, que está ya en aquel teatro, es más antiguo y no merece que se le declare sin aptitud para el servicio. Veamos lo que sucedería en un orden de cosas que no sea el militar. Supongamos que me he de someter a una grave operación quirúrgica; deseo que la practique el señor X, que ha demostrado gran destreza en el particular; pero no puedo servirme de él porque su título es de fecha posterior al del señor Y, y el colegio de cirujanos ha establecido la tradición que el derecho a ejecutar importantes operaciones quirúrgicas corresponde a la antigüedad, a menos que el cirujano más antiguo haya matado a un cliente por incompetencia. Nadie negará que este sistema sería disparatado. ¿Por qué no lo es en el ejército?».

Con tales sofismas, verdaderas enormidades contra la lógica, se barrenan, inspirándose en la más recta intención, los fundamentos del ejército y se destruye la confianza que en él debe de poner el país en tiempo de guerra.

El cirujano, el ingeniero, el abogado, y cuantos

ejercen profesiones liberales, laboran por su propia cuenta y bajo su responsabilidad, y tanto su encumbramiento como su descrédito son consecuencias de su mérito o de su ineptia personal, sin que influyan ni trasciendan en la capacidad y eficiencia de sus conciudadanos. Aquellos tales tienen el campo libre a sus iniciativas y ensayos, dentro de sus particulares profesiones y es voluntario, en general, el aceptar y someterse a sus consejos y planes. Rige el principio de la libre concurrencia, lo mismo en el que presta los servicios que en el que los reclama, y el que se ve defraudado en sus esperanzas ha de culparse a sí mismo y no a la sociedad. La posesión de un título faculta el ejercicio de una profesión, pero no obliga a nadie.

El caso es muy otro cuando han de manejarse muchedumbres de hombres a quienes se exige una obediencia absoluta que llega al sacrificio de la propia vida. ¿Admitiría nadie que semejantes muchedumbres se tomaran como base y masa de experimentación y se pusieran a merced de algunos individuos con conocimientos teóricos, para que pudiesen demostrar si reunían o no las condiciones requeridas? No; seguramente se buscaría a quien sumase a la teoría la práctica, y hubiese demostrado que poseía las cualidades psicológicas necesarias para el mando. Esto es lo que se hace en el ejército y, en menor escala, en todas las grandes industrias y compañías.

El oficial, al salir de una Academia, posee conocimientos suficientes para tomar el mando de un regimiento. ¿Se le confiará este mando, o el de un batallón, para confirmarle en el puesto si acierta o destituirlo si se equivoca? El procedimiento no sólo dejaría sin oficiales a la nación, sino que en muy pocos meses desorganizaría y arruinaría todos los cuerpos armados. El interés particular y el colectivo, de consuno, aconsejan otro camino.

Los estudios y prácticas académicas capacitan casi sin excepción al joven oficial para el mando, que no es difícil, de una sección; al cabo de algunos años de ejercerlo, se sabe quiénes serán aptos para el mando de una compañía y cuáles no, sirviendo esta calificación para el ascenso de los unos y la postergación o separación de los otros. A medida que se elevan las jerarquías se complican y hacen más difíciles los mandos, aceptándose como principio general, admitido en casi todos los ejércitos, que todos los jóvenes salidos de las Academias militares reúnen los requisitos indispensables para ponerse al frente de secciones y, más tarde, de compañías, escuadrones o baterías, pero no de batallones, regimientos y unidades superiores, por lo que si en los primeros peldaños de la milicia bastaba la teoría y la práctica, en los demás se requiere una capacidad especial, originándose de esto que al principio de la antigüedad—tenientes, y capitanes—se asocia el de elección—jefes y generales,—según métodos cada vez más estrechos y rigurosos. De esta suerte se garantizan, en lo humanamente posible, la pericia y la competencia en el mando.

Mediante este método ocuparán indefectiblemente los mejores los más elevados puestos, y el lugar que cada cual tenga en la escala será el índice seguro para apreciar su valer. Sería pueril creerlo. Las dotes naturales escapan a las clasificaciones más

sabias. Pero no es esto lo que importa. Lo que interesa es que cada cual sepa manejar perfectamente la fuerza que manda y obtener de ella el debido rendimiento; se poseerá entonces un excelente instrumento, que necesitará, todavía, una o varias, nunca muchas, inteligencias superiores, que desempeñen las funciones de concertar, armonizar y dirigir.

La antigüedad, combinada con la elección, produce hombres dotados de los conocimientos, experiencia y práctica del mando, y de las cualidades de sangre fría, tenacidad, voluntad, etc., indispensables en la guerra; pero no será capaz de engendrar un talento superior. No llegarán a la cabeza las medianías, pero tampoco los más aptos escalarán rápidamente los primeros puestos, ni siquiera figurarán en ellos por orden de méritos. Este es el problema que ha preocupado siempre en todas partes, y el planteado, tal vez sin advertirlo, por el escritor antes aludido.

Para obtener esa máxima capacidad y eficiencia se pueden elegir dos caminos. Uno, que parece el más sencillo y mejor, consiste en prescindir de la antigüedad y entregar los mandos a los más sobresalientes. ¿Por qué, se dice, si un capitán vale más que un coronel, ha de estar subordinado años y años al primero, privándose la patria de sus servicios donde mejores resultados darían? Es muy cierto, pero ¿cómo se sabe ni quién puede asegurar que un capitán de condiciones excepcionales hará mejor jefe de regimiento que su coronel? Diariamente se da el caso de que tal oficial muy reputado y que descuella sobre sus compañeros, no rebasa el nivel de la mediocridad cuando, por ascenso, toma un mando de superior categoría, no siendo raro que le acompañe entonces el fracaso; excelentes coroneles hay que pierden su reputación poco después de entrar en el generalato; y así en todos los grados y puestos. No se puede juzgar con exactitud de la capacidad para un mando sino cuando se ejerce este mando en propiedad, por mucho que abone al individuo su historia anterior. Es innegable que sirven de mucho los antecedentes, aunque más para las deducciones negativas que para las positivas: quien mande mal una compañía, mandará mucho peor un regimiento, pero el que sobresalga a la cabeza de un batallón no será necesariamente un buen general. Buscar el mérito en las escalas inferiores y elevarlo rápidamente es el sistema genuino de la improvisación, es copiar el procedimiento que Napoleón puso de moda y que dió resultados deplorables y funestos.

Es pertinente, al llegar a este punto, una pequeña digresión. A juicio de los más, el mérito está más extendido en las escalas inferiores que en las superiores, lo cual es un profundo error; los que hoy están a la cabeza y parecen adocenados, fueron ayer simples oficiales de positivo mérito; ¿lo perdieron con la edad? En los puestos inferiores las responsabilidades son más pequeñas, menores las dificultades y es más fácil sobresalir, porque aún no ha tenido lugar la selección y figuran en la colectividad muchos que seguramente no escalarán las alturas; además, la juventud, con sus compañeros la actividad, el espíritu de expansión, el entusiasmo, hace más ostensibles y aparentes los méritos propios, que la edad madura mantiene más reservados. El de arriba obra y resuelve; si acierta, para eso manda; si

se equivoca, todos lo saben. El de abajo ejecuta, y su mismo celo y buen deseo le mueve a juzgar; sus errores, forzosamente pequeños, quedan inadvertidos, y de sus juicios sólo recuerda aquellos que los hechos aprobaron. Vulgar es la máxima que señala como el puesto más envidiable el de segundo del jefe; éste asume todas las responsabilidades; y los éxitos ¡cuántas veces se atribuyen al otro! Pues si esto acontece con el que está en segundo lugar ¡qué



Alambradas y caballos de frisa en una carretera del Tirol austriaco

no ocurrirá con los que ocupan los sitios inferiores! Blücher y Gneisenau, en las guerras napoleónicas, fueron un ejemplo fehaciente de este fenómeno. Gneisenau, jefe de Estado Mayor de Blücher, conserva todavía hoy su reputación de estratega, mientras que Blücher, derrotado mil veces, sólo ha pasado a la posteridad por su afortunada intervención en la batalla de Waterloo. Hubo una época en que se disputó a Gneisenau el mejor general alemán, pero, después, los historiadores más sagaces restablecieron la buena doctrina: para juzgar a un hombre es menester ponerse en su caso. Sería temerario afirmar que el excelente jefe de Estado Mayor de Blücher hubiera sido un gran jefe de ejército. En los primeros pasos de la milicia parecen encontrarse no pocos Napoleones; su número disminuye a medida que van pasando los años, y todavía está vacante el puesto de aquel caudillo inmortal.

El segundo camino es antitético del anterior. En lugar de la improvisación, por no decir de la irreflexión, se funda en la preparación larga y paciente. Se forma el instrumento, poniendo al frente de los regimientos, brigadas, divisiones y cuerpos de ejército, jefes experimentados, de larga práctica, con conocimientos y condiciones de carácter para el mando, lo cual se obtiene siempre mediante la antigüedad combinada con la elección, o con una selección muy severa. Simultáneamente, se forja el entendimiento director, éste ya independiente de la edad y hasta de la jerarquía, y se le asocia al instrumento, de modo que la idea corresponda al talento y la orden al que tiene la costumbre de mandar y goza de los prestigios de una larga y afortunada vida militar. Ni que decir tiene que esos elementos directores son los que, andando el tiempo, deben de ocupar los puestos más preeminentes, aunque sin obscurecer ni pesar demasiado sobre los que han aparecido después, con objeto de que el ejército se remoce sin cesar y palpite en él un alma juvenil, templada por la experiencia de la vida y escudada por nombres ilustres y gloriosos.

Ese cerebro director se esfuerzan en fabricarlo todos los grandes ejércitos, pero hasta ahora el único que ha encontrado el secreto es el alemán; y no es que lo oculte, ni que sea un misterio, sino que sus imitadores han copiado la forma, mixtificándola a veces, y no el espíritu, que por ser genuinamente nacional resulta incopiable. El cerebro lo representan allí los oficiales del *servicio*, no cuerpo, de Estado Mayor. Quede para otro día el explicar a grandes rasgos y en términos vulgares el mecanismo de su formación.

Desde 1864 acá estamos presenciando la pugna entre los que lo esperan todo de un hombre, de un talento, de un genio, y los que desconfían del mérito excepcional y buscan el colectivo. Por más esfuerzos que hagan y por muy preparados que se crean, los primeros tienen que acudir en los momentos críticos a la peor de las improvisaciones, la del mando, la única que no se toca ni se pone de manifiesto en los tiempos normales. El concierto colectivo será arrollado ¿quién lo duda? por el genio, pero éste es fugaz, no forma escuela, ni deja nunca discípulos aptos que puedan substituirle. La guerra, aberración de la humanidad, se resuelve por punto general por las solas y vulgares fuerzas humanas.

II.—La potencialidad militar de Austria-Hungría

Quienes nos ocupamos en las operaciones militares de esta guerra solemos incurrir, por omisión, en una injusticia, ajena al pensamiento, pero que se traduce en la expresión de nuestros juicios. Mientras que del lado de la Cuádruple ponemos cuidado en hacer resaltar la parte que cada beligerante toma en la guerra, al referirnos al otro grupo mentamos con



El Vaivoda Putnick, generalísimo del ejército serbio

insistencia al Imperio alemán, relegando a un puesto secundario, que no merece, al ejército austro-húngaro. Ello proviene de que contra Alemania se ejerce la acción principal, y ella es también la que dispone de más elementos, por lo que tiene que figurar forzosamente a la cabeza de sus aliados austriacos, búlgaros y turcos.

No porque el ejército alemán sea el que estuviera

mejor preparado para la guerra, ni porque las grandes operaciones de los ejércitos imperiales fueran dirigidas por generales alemanes, ha de inferirse que el ejército austriaco es un mero instrumento que manejan a su antojo los caudillos del Imperio amigo. Durante la campaña de Galizia y últimamente la de Serbia, el mariscal Mackensen estuvo a las órdenes del archiduque Federico; el jefe del Estado Mayor general austro-húngaro, general von Hötzen-dorf, ha demostrado relevantes cualidades, y, si cupiera establecer comparaciones valiéndonos de los datos incompletos que poseemos, su figura no desmerecería de la de su colega alemán, y es muy posible que aventajara a la del primer jefe de Estado Mayor del Emperador Guillermo II. En el primer período de la guerra, cuando los rusos, prevaleciendo de su anticipada movilización, se arrojaron con fuerzas muy superiores sobre el ejército austriaco y lo derrotaron, varios generales de la doble monarquía cargaron con la responsabilidad de la derrota, y surgió la creencia de que aquel alto mando era inepto. Nada tan lejos de la verdad. La invasión rusa era incontrastable por su fuerza, y sorprendió en igual grado a los alemanes y a los austriacos; los primeros no recibieron ningún revés serio, por la sencilla razón de que no opusieron más que débiles destacamentos al enemigo; en cambio, los austriacos, internados en territorio enemigo y vencedores en los primeros encuentros, recibieron el choque formidable de casi todo el ejército ruso, y lo admirable es que no fueran destruidos y que a raíz de aquellas desgraciadas batallas de Ravaruska y Lemberg pudieran emprender su admirable campaña defensiva en los Cárpatos. Jamás olvidará Alemania lo que debe a Austria-Hungría. Sin la resuelta actitud de los austriacos y la solidez de sus tropas, que los reveses no destruyeron, el tropel de los rusos se hubiera derramado más allá de la Prusia Oriental y Berlín llegara a peligrar. ¡Cuántos sacrificios y cuántos combates hubiese costado arrojar a los rusos al otro lado de la frontera!

Lo mismo en Polonia que en Galizia, los cuerpos austriacos han peleado al lado de los alemanes, y sería muy difícil señalar a quiénes corresponde el primer lugar. En el sector meridional subsiste todavía esa íntima unión de los dos ejércitos, que en el combate—bien lo ha patentizado la última ofensiva rusa—parecen uno solo. En la campaña contra Serbia, los austriacos formaron el ala derecha y la izquierda los alemanes; no se observó la más leve diferencia en la manera cómo la una y la otra cumplieron sus cometidos.

Difícil en extremo era el ataque a Montenegro, por las dificultades del terreno y de las nieves, y se ejecutó con perfecta precisión. No menos notable fué la primera invasión de Serbia, terminada lastimosamente por deficiencias en los abastecimientos. La campaña en el Tirol y Carnia será un imperecedero timbre de gloria para los austro-húngaros. Empeñado casi todo su ejército contra los rusos, un puñado de hombres, distribuidos en una larguísima frontera y con escasas comunicaciones, contiene a casi todo el ejército italiano, que se lanza a la guerra con el entusiasmo meridional y la confianza en una rápida y fácil victoria. Refuerzan los austriacos sus líneas, como los italianos las suyas, y durante

meses y meses los últimos, con efectivos dobles por lo menos, no pueden avanzar un solo paso. Orgullosa puede estar Austria de contar con caudillos como el archiduque Eugenio y los generales a sus órdenes. Comprometida en esta empresa, todavía le sobran fuerzas a Austria para rendir a Montenegro y entrar en Albania.

De diversas lenguas y nacionalidades, los regimientos de la doble monarquía rivalizan en denuedo y se baten admirablemente; duros en el ataque, no hay quien les supere, hasta ahora, en la defensa de líneas montañosas: Cárpatos y Tirol. No obstante la inferioridad de su armamento, la caballería mantiene su gloriosa reputación. La artillería pesada austriaca es la mejor del mundo, y los ingenieros han llegado a sobrepasar, a veces, a los mismos alemanes. Los servicios de retaguardia constituyeron en los primeros meses la verdadera causa de debilidad del ejército austriaco, pero no tardaron en mejorar, y hoy funcionan perfectamente.

En cuanto a la marina, las atrevidas y afortunadas correrías de los barcos austriacos, en condiciones tanto o más peligrosas que las del mar del Norte, no desmerecen de la fama que supieron ganar los que escribieron la página de Lisa.

¿Cuál es, por consiguiente, la causa de que esté oscurecida la potente y eficaz acción del ejército austro-húngaro? En el occidente de Europa, la atención pública, comenzando por la de los críticos, se fija con predilección en los hechos que interesan y tocan de cerca a Francia e Inglaterra, lo que conduce a poner en el primer plano del bando contrario a Alemania; en las operaciones contra Rusia, franceses e ingleses han visto casi únicamente la intervención de su enemigo directo, el alemán, porque lo que acontecía en Oriente repercutía en Occidente; y cierta prensa, deseosa de hacer aborrecible al adversario, pintaba al Imperio austro-húngaro como deshecho, caduco, en plena disolución, y juguete del capricho y ambición del Kaiser alemán, quien, sin embargo, no se ha mostrado nunca remiso en rendir público tributo de admiración al ejército del pueblo aliado, dando un ejemplo que hemos de convenir no ha sido imitado en el resto de Europa.

Implícitamente, sin darnos cuenta, todos hacemos justicia, aunque inconscientemente, a las tropas austriacas. Atribuimos escasa importancia a la campaña de Italia, la relegamos a un lugar muy secundario, tenemos el convencimiento de que el desenlace por las armas no vendrá de aquel teatro, las batallas en el Isonzo preocupan poco a los neutrales. ¿Es que el ejército italiano merece el desprecio? ¿No ha puesto Italia dos millones de hombres sobre las armas, bien organizados, con abundante material? ¿Habría quien dude del valor de las tropas latinas por excelencia, del talento de sus generales y de la previsión de aquella raza? Pues una parte, la menor, del ejército austriaco ha sido bastante para que se estrelle la potencia militar italiana, para que esa campaña sea tenida como un simple episodio. Lo que ha llegado a ser el ejército austro-húngaro al cabo del primer año de guerra, aparecerá con claridad a la imaginación del lector, sin más que sentar una hipótesis: ¿Qué hubiera ocurrido si las tropas italianas, en vez de atacar a Austria, se hubiesen arrojado contra Francia?

La rectitud impone que si se reserva el puesto de honor para el ejército alemán, mejor adiestrado y preparado que ninguno, se coloque a su inmediación, muy cerca de él, al austro-húngaro, que ha tenido el raro mérito de sumar a sus éxitos positivos la modestia y el pleno sentido de la realidad bastantes para subordinar, en ocasiones memorables, las conveniencias e intereses de su propia nación a los generales de la alianza. No cabe hacer mayor elogio de un pueblo fuerte que sin auxilio de nadie tiene a raya a unos enemigos y derrota a otros, sin ser vencido, hasta la hora presente, por ninguno.

III.—Demasiado tarde y demasiado pronto

Desde que Lloyd George pronunció su conocida frase «demasiado tarde» para explicar los fracasos de los aliados, se ha atribuido a la acción tardía de los directores de la guerra el desvanecimiento de las ilusiones que habían puesto en las campañas que emprendieron fuera de los límites de las metrópolis. En rigor, el «demasiado tarde» no expresa la verdad completa; sólo indica la primera parte de la resolución, cuyo final está concretado en el «demasiado pronto», sintetizándose ambos «demasiados» en una conclusión: planes poco madurados y sugeridos siempre por otros del adversario. No es sólo que se llegue «demasiado tarde», sino que se quiere suplir esta tardanza mediante una improvisación, una determinación prematura.

La primera expedición fuera de los teatros naturales fué la de Gallípoli, ciertamente tardía porque ya se había dado el aldabonazo en los Dardanelos y llamado la atención de los turcos. En junio, no cupo duda sobre la inutilidad de los ataques en el cabo Helles y Sedd-el-Bahr, y de prisa y corriendo, sin esperar a reunir el ejército necesario—que luego se fué vertiendo poco a poco—se ejecutaron los desembarcos en Anzac y Suvla. La expedición terminó lastimosamente.

No más afortunada fué la de los turcos al canal de Suez, en el invierno pasado; mal preparada, a pesar de la intervención alemana, los turcos no aprovecharon aquella magnífica ocasión de causar daños considerables, de difícil y larga reparación, en el canal, al que llegaron sin grandes dificultades. Cogió de sorpresa esa tentativa a los ingleses, que demasiado tarde llevaron allí copiosos contingentes; pero, advertidos del peligro, al descuido preliminar sucedió una actividad febril, y hoy tienen inmovilizado allí un ejército de 300,000 hombres, frente a unos cuantos millares de turcos e irregulares, y sin que sepan si efectivamente el enemigo se propone atacarles. Fueron tardos en obrar al principio, y se apresuraron con exceso después.

También en Mesopotamia se repitieron los mismos hechos. No se pudo llegar a Bagdad, por ser insuficiente el ejército enviado allá, y luego se han tenido que despachar fuerzas dobles, sin otro plan concreto que el salvar a los restos de la columna del general Townshend. Aún no se ha dicho en aquel apartado teatro la última palabra; las conclusiones no son más que provisionales.

Aunque en la apariencia los italianos obraron con extremada diligencia al ocupar algunos puntos de la costa albanesa, ni pudieron prestar auxilio a

los serbios, ni apoyar a los montenegrinos, ni poner de su parte a los albaneses. Se encuentran todavía en el período del «demasiado tarde» y resta por ver si tratarán de remediarlo con alguna determinación poco meditada.

Los anglo-franceses se trasladaron «demasiado tarde» a Macedonia, y ya en ella no acertaron a elegir un plan. Cuando los búlgaros se arrojaron sobre ellos, se replegaron a Salónica y la frontera griega; al obrar así no se proponían ningún plan definido, según se ha visto después, sino sostenerse en aquel punto; refuerzos y cañones afluyeron sin cesar, y ha sido menester que transcurran dos meses para que se imponga la reflexión y se comience a pensar en la situación desairada de aquel ejército. A la tardanza en dar los primeros pasos sucedió una actividad febril, hasta ahora infecunda. En cambio, en el campo adversario el pensamiento precedió a la obra: se limpió de serbios la Macedonia y enseguida se expulsó de ella a los franco-ingleses, deteniéndose la persecución en la frontera de Grecia, sin atender al número de los aliados ni a lo que proyectaban; se hizo lo que convenía; una vez obtenido, era indiferente la conducta del adversario.

No ha habido jamás guerra de escenario tan dilatado como la actual. La imaginación humana tuvo campo sobrado para desenvolverse a su antojo. La superioridad de fuerzas y de elementos brindó múltiples ocasiones—en particular en los primeros meses—para atacar en puntos imprevistos al adversario. El dominio del mar pudo servir para destrozar a Turquía, primero, y más tarde a Austria. Nada de esto se hizo, ni siquiera se intentó. Unas veces por evaluar mal las fuerzas del enemigo, otras por el deseo de economizar las propias, y muchas por una especie de atonía en los directores supremos, en el bando de los aliados no se ha observado un esfuerzo continuo, perseverante, metódico, sostenido, sino una sucesión de actividades fugaces y pasajeras, provocadas por los golpes del adversario. A juzgar por los hechos, éste obra siguiendo un plan; los aliados, al sentirse lesionados, se revuelven convulsivamente. ¡Cuánto más importante es esta diferencia de conducta en el mando, que el número de cañones y hombres!

Pesa fatalmente sobre los aliados, el convencimiento inglés, transmitido rápidamente a Francia, Italia y Rusia, que la victoria se obtendría sin necesidad de triunfos militares, por sólo la superioridad económica, y el bloqueo comercial; aunque el resultado fuera a la larga el anunciado por aquellos, nadie les puede librar ya de las derrotas militares que han sufrido, ni de las grandísimas consecuencias que de ellas dimanar, porque hay heridas psicológicas y científicas que no se pueden reparar nunca. Francia y Rusia, pueblos esencialmente militares y de gloriosas tradiciones guerreras, aceptaron el punto de vista de una nación que obtuvo siempre sus victorias con un mínimo de esfuerzo militar, sin comprender que las circunstancias presentes en nada se parecían a otras anteriores. Al cabo de año y medio aún no se comprende que si para operar a un enfermo se necesita un cirujano, y un ingeniero para construir un puente, la dirección de la guerra debe de ser obra exclusiva de los profesionales; tanto mejor si se adelanta algo por otros caminos, que han

sido y serán siempre secundarios y que no suplantarán nunca a los guerreros.

IV.—La ofensiva alemana en Francia

En los días de Navidad comenzaron los ataques de los rusos en las líneas del Dniester y Strypa, y también por aquellos días volvieron a dar muestras de actividad los alemanes en el frente occidental. Empeñaron los moskovitas centenares de miles de hombres y asaltaron denodadamente las posiciones enemigas, sin reparar en las pérdidas espantosas que los avances en masa llevan consigo, y cuando después de varias semanas de ruda pelea hubieron de suspender la ofensiva, faltos de energías y tal vez de fuerzas para continuarla, la línea austro-alemana ocupaba las mismas posiciones que al principio, salvo en los alrededores de Czarstorisk y en dos o tres puntos del bajo Strypa, donde los rusos consiguieron ganar algunos centenares de metros, aproximadamente medio kilómetro, de terreno. No ya esta insignificante ventaja, sino otra décuple, no hubiera compensado el quebranto material y moral padecido por el atacante. Poner en línea un millón de hombres y librar una batalla de veinte días y apoderarse, al fin de cuentas, de tres o cuatro trincheras avanzadas, sin conseguir que el enemigo modifique su situación ni pierda una pieza de artillería, ha sido y será siempre un fracaso. No era de extrañar, sin embargo, para quienes opinan, como yo, que en los tres frentes principales, sólidamente atrincherados, es condición indispensable del éxito la rapidez de acción; lo que no se logra en las primeras veinticuatro horas, es después muy difícil de obtener, porque intervienen las reservas del defensor.

La ofensiva alemana comenzó insensiblemente, modestamente; cada tres o cuatro días se registraba un pequeño éxito, que no modificaba la situación general, ni siquiera profundamente la local; se trataba, unas veces, de mejorar la posición que estaba demasiado expuesta al fuego de la artillería adversaria; otras, de dar más seguridad al enlace con las reservas; algunas, de arrebatar al enemigo un punto avanzado; varias, de afirmar la capacidad de ataque de las tropas propias. Esas tentativas han ido menudeando; en ninguna de ellas se han empeñado fuerzas considerables: aunque los franceses hablan de divisiones, es indudable que la masa mayor que ha intervenido no excede de una brigada. Pero, se ha dado el caso singular de que los asaltos no han tenido por teatro exclusivamente la Champaña y Artois, como de seis meses a esta parte, sino que también se han pronunciado contra el frente belga y el británico y en los altos del Mosa y, lo que es más significativo, al S. del Somme, en el sector comprendido entre Arras y Roye, zona interesantísima en la que apenas había tenido lugar, antes de ahora, otra acción que la de las dos artillerías. En una palabra, en todo el frente, desde el mar del Norte al Mosela, fuera de la región de Soissons, los alemanes han afirmado su iniciativa táctica, conquistando algunas trincheras, capturando algunos millares de hombres y varias ametralladoras, lanzabombas, etc., sin temor a los contraataques de las tropas enemigas, muy superiores en número, según afirman ingleses y franceses y hace creer el buen sentido. De

todo esto ha resultado que con pérdidas mínimas los alemanes han obtenido más provecho en el frente occidental que los rusos en el oriental, pese al aparatoso despliegue de enormes contingentes. En la guerra de trincheras es mejor concentrar los esfuerzos que abarcar un frente considerable sin señalar objetivos muy precisos.

¿Debe colegirse de los últimos combates que los alemanes han obtenido, en conjunto, una victoria? No. Fueran sus avances tres veces mayores, y la situación general permanecería estacionaria. ¿Han sido inútiles, infructuosos, sus esfuerzos? Tampoco. Gracias a su método de ataques locales, rápidos, los alemanes recuperaron el terreno que perdieron en la altura de Combres—altos del Mosa,—en aquel famoso espolón de Eparges, que tanta sangre costó a los franceses; mejoraron después, y han mejorado ahora, sus posiciones en la Champaña, anulando las más de las ventajas ganadas por los franceses en las batallas de fines de septiembre, que les costaron 150 mil bajas; y han reconquistado una parte, aunque pequeña, del terreno que perdieron en Artois después del violentísimo ataque, que se prolongó casi un mes, de sus adversarios. En cambio, ni ingleses ni franceses han podido desquitarse del avance alrededor de Iprés, ni de la derrota de Soissons, victorias alemanas cosechadas en poco más de veinticuatro horas. Esa diferencia hay que atribuirle, ante todo, a la calidad de las tropas puestas en combate, más duchas y prácticas las alemanas, y a la minuciosa preparación de los asaltos. Sería ridículo mentar la estrategia.

Lo peligroso en esas empresas no es el ataque propiamente dicho; más temible es el contraataque del enemigo, si éste cuenta con fuerzas superiores, que es el caso actual. Cuando el asalto se limita a un punto del frente, se previene la reacción del adversario con sólo reunir fuertes reservas en el lugar elegido; pero si se extiende la actividad a todo el frente, no cabe ya disponer de bastantes reservas, hay notoria exposición, porque el equilibrio ha debido de romperse, y ni los alemanes, ni nadie se arriesgan a un peligro cierto si de él no esperan reportar alguna ventaja. La que desde luego se ocurre es que tanteando todo el frente se desconcierta al adversario, se le obliga a mover y distribuir sus reservas, y se facilita el ataque a fondo en puntos determinados; pero ¿se proponen los alemanes ejecutar este ataque tantas veces anunciado? Tiempo ha habido para trasladar al teatro occidental parte de las tropas de von Gallvitz, fuertes contingentes del interior del Imperio, y soldados turcos, pero, así y todo, no parece que nos encontremos en vísperas de grandes acontecimientos en Francia, porque la resolución de la guerra puede obtenerse todavía, con menos sacrificios, en Oriente. La conclusión sería otra si estuviésemos en mayo o junio, sin que hubiera variado el cariz de las operaciones en Rusia, Italia, Balkanes y Asia.

Los hechos no tardarán en responder por sí mismos. Como quiera, es digno de notar que ni la perseverante ofensiva de los italianos impidió que los austriacos invadieran Serbia, pacificaran Montenegro y se extendieran por el Norte de Albania, ni las acometidas de los rusos y la presencia de los aliados en Salónica han podido evitar que Alemania ataque a

los franceses y prosiga sus preparativos en Oriente. Uno de los bandos se agita impotente o se resigna a la expectativa, mientras el otro no cesa de dar muestras de su iniciativa y obra con entera libertad, como si no le preocupara lo que puedan intentar sus múltiples y numerosos adversarios.

V.—La situación el 30 de enero

La columna del general Aylmer se puso en marcha a primeros de diciembre para socorrer a las tropas del general Townshend, encerradas en Kut-el-Amara; libró un combate con los turcos en Sheik-Saad, junto al Tigris, el 7 y 8 de enero; siguió remontando el río, y de nuevo los derrotó, del 13 al 15, en Orah, llegando el 19 a Es-Sinn, a unos 12 kilómetros de Kut. En la batalla del 21 no pudo romper la resistencia del enemigo; el 25 permanecía en el mismo punto. Otra columna, que simultáneamente con la de Aylmer avanzaba por la orilla derecha, ha debido de sufrir algún fracaso, porque hace muchos días no se habla de ella. Se anuncia que ha partido del golfo Pérsico una nueva expedición, en socorro de Aylmer. Resulta extraño que el general Townshend no haya intentado una salida para favorecer el avance de Aylmer. Esa campaña de Mesopotamia dista mucho de poder ser bien apreciada, por los escasos detalles, a menudo contradictorios, que de ella se reciben.

Los turcos ganan terreno en Persia, empujando a los rusos hacia el N.; los alzamientos se extienden y se anuncia la presencia allí de oficiales alemanes.

En la frontera del Cáucaso, los rusos, que se habían acercado a Erzerum, no han hecho progresos. Este teatro continúa siendo secundario, aunque el deseo de algunos críticos extranjeros les ha movido a dar por inmediata la marcha de los rusos, después de apoderarse de Erzerum, a Kut-el-Amara, atravesando la mitad de Turquía Asiática. Si no contara el general Townshend con otra ayuda que esa, más le valdría rendirse desde luego.

Los ingleses, avanzando al E. del canal de Suez, han dispersado un destacamento de tropas irregulares musulmanas. En Constantinopla se asegura que se va a emprender de un momento a otro la expedición a Egipto, empresa tanto menos creíble cuanto más pomposamente se anuncie.

Los aliados, en Salónica, siguen esperando el ataque. Han ocupado el fuerte de Karaburu, expulsando a la guarnición griega que estaba allí destacada.

Prosigue sin incidentes la rendición de los montenegrinos; todo el reino está en manos del vencedor. Con una rapidez que asombra, los austriacos se han extendido por el N. de Albania, entrando sin oposición en Skútari, Alessio y San Juan de Médua; no hay que decir que todo el litoral montenegrino está en sus manos. Los búlgaros han derrotado, cerca de El Bassán, a los albaneses de Essad Bajá, y tropas,

al parecer austriacas, que deben de proceder de la región de Monastir, han llegado a Berat; de suerte, que cuando creíamos que los austriacos estaban detenidos a poca distancia de las fronteras de Montenegro, aparecen ocupando, con los búlgaros, la mitad o más de Albania. No serán muy agradables las reflexiones que este hecho inspirará a los rusos, y ahora es cuando comprenderán la esterilidad de sus sacrificios en el Strya. Mientras los rusos no dispongan de mejores tropas, sus ataques no entorpecerán, como no han entorpecido en los últimos meses, el desarrollo de los planes de sus enemigos en otros teatros. Hay que repetirlo: si la ofensiva rusa no ha perturbado la invasión de Montenegro y Albania, ¿es juicioso sostener que fué la causa del aplazamiento del ataque a Salónica? Si alguna duda hubiera, la desvanecería la circunstancia, ahora sabida, de que fueron exclusivamente tropas austro-húngaras las que contuvieron las acometidas moskovitas en el Strya y fronteras de Besarabia.

El impetuoso avance de los austro-búlgaros en Albania coloca en el primer plano de la atención pública a los italianos que desembarcaron en Durazzo y Valona. El primero de estos puntos está amenazado por el S. E. y es de creer que los italianos lo evacuarán sin combate. Tampoco será tranquilizadora, dentro de pocos días, la situación de los de Valona, a donde se han llevado refuerzos. Situada la bahía de Valona en la punta oriental del canal de Otranto, es una de las llaves del Adriático; si cayera en poder de los austriacos, se crearía peligroso estado de cosas para la escuadra italiana, lo que induce a creer que Valona no será abandonada y que allí se librarán duros combates.

No decae la actividad de los alemanes en el frente occidental, acentuándose con preferencia desde el mar del N. a Roye. Las zonas en que principalmente se combate son: el sector de Loos, al S. de Ipres, ocupado por los ingleses; el de Arras, donde los progresos de los alemanes son de cierta consideración; y el del Somme; en este último los alemanes se han apoderado del pueblo de Frise, y al N. de Roye han obtenido otro pequeño éxito en Lyhons. También han sido atacados los belgas. Por el momento, no parece que se trate de una ofensiva seria, pero el avance en la cuenca del Somme—que los franceses declaran no estaba fuertemente ocupada en las primeras líneas,—es probable que obligue a los aliados a cambiar la situación general de sus reservas, y si tal hicieran se facilitaría el ataque de los alemanes en otros puntos. Seguramente en la próxima *Crónica* podré ocuparme en esas operaciones sin incurrir en apreciaciones equivocadas, a que se presta la obscuridad de las noticias recibidas hasta ahora.

Un zeppelin ha bombardeado París, causando numerosas víctimas y daños considerables.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

31 de enero 1916.